

Fantasia Astronómica

Grandes fiestas se preparan
en los ámbitos del cielo;
que esta noche se desposa
la luna con un lucero.

El Mar le dará el vestido
celeste de boda regio;
y el Himalaya, su blanca
mantilla de terciopelo.

La Corona Boreal
será cinta de su pelo;
se irá con La Cruz del Cisne
colgada sobre su pecho.

Apolo será el padrino;
la madrina será Venus;
y Sirio y Vega, testigos
del magno acontecimiento.

Ejércitos de cometas,
cual heraldos vocingleros,
por soles y nebulosas
ya anunciaron el suceso.

Llevarán, cual corresponde
a cónyuges tan excelsos,
de planetas y satélites.
lucido acompañamiento.

Hércules, por lo arrogante,
abrirá paso al cortejo,
entre mundos curiosos,
cuando marchen hacia el templo.

Gran prócer de las alturas,
tan liberal como espléndido,

Júpiter, en sus salones,
ha preparado el refresco.

Para novias e invitados
serán solaz y contento,
los acordes de La Lira
que habrá de tañer Perseo.

De alboradas y de ocasos
habrá desfiles soberbios,
y se harán con aerolitos
mil caprichos pirotécnicos.

A Plutón, cuando se casen,
irán, sin perder momento,
que ya, sabedor del caso,
les preparó alojamiento.

Y porque cómodamente
hagan, y rápido el vuelo,
Saturno les ha ofrecido
las alas de su sombrero.

Que aunque Pegasus y El Carro
también se les ofrecieron,
no aceptan, porque suponen
que habrán de tardar más tiempo.

Prolongarán su viaje
hasta el confín de los cielos,
y después, por La Vía Láctea,
emprenderán el regreso.

Y en La Polar, según dicen,
se habrán de quedar viviendo,
donde Asteroïdes mosquitos
no les perturben el sueño.

VICENTE NERIA

LOS APELLIDOS DE LOS APOSTOLES

(CUENTO)

MANOLITO está preocupadísimo. La cosa no es para menos. Se acerca el día de la patrona y no tiene más remedio que confesarse con don Julián, único sacerdote del pueblo.

Su situación es algo complicadilla, la verdad. Don Julián es su profesor, le está preparando para hacer el ingreso en el Instituto, en cuyo examen lo suspendieron en el pasado mes de Junio, por lo cual tiene que repetirlo en Septiembre.

Manolito tiene diez años. Además de tener diez años, cuenta con una mentira gorda, muy gorda, en su conciencia. En realidad, esta mentira no le pesaba mucho, ni le había quitado el sueño hasta ahora. ¡Cómo se le ha complicado la vida al pobre!

Manolito comprende que no hay escapatoria posible. En el pequeño pueblo el día de la patrona confiesa y comulga todo el mundo. El lo hizo también los años anteriores, lo mismo que sus padres, muy religiosos por cierto. ¡Menuda cara le pondrían éstos si ahora salía diciendo que no quería confesarse aquel día! Don Julián —uno de los engañados por su mentira—era el único sacerdote del pueblo y con él tenía que confesarse a la fuerza. No podía recusarlo sin despertar graves sospechas. He aquí lo peliagudo del caso.

No; no había escapatoria posible por más vueltas que le daba al asunto. Tan preocupado andaba Manolito, que hasta se olvidaba de jugar, y ya sus padres empezaban a extrañarse, preguntándole si estaba enfermo. Incluso don Julián había notado algo al tomarle las lecciones, pero lo atribuía a la proximidad de los exámenes que repetía.

—¡Pobrecillo!—, pensaba don Julián, mirando a su alumno— ¡Qué injustamente lo suspendieron en Junio!

El corpulento don Julián, muy amigo de los padres de Manolito, visita ordinaria de la casa, era un buenazo y un tanto ingenuo. Todos sus rústicos feligreses le querían mucho y le consideraban un pozo de ciencia. Había que oírle aquellos sermones de las grandes solemnidades, en que su voz estentórea atronaba la iglesia y parecía que la bóveda se venía abajo. No, en cuestión de sermones no había ningún cura de la comarca que le pusiese el pie delante.

Los padres de Manolito, labradores acomodados, le habían roga-